

RECURSOS GANADEROS Y CAZA

HERENCIA Y RENOVACIÓN EN LA GANADERÍA

La ganadería, una actividad con larga tradición histórica, se ha visto sumida en un proceso de decadencia generalizada en la región desde el siglo XVIII, en que desaparece de las campiñas y se ve relegada a las zonas de sierra, las más deprimidas socioeconómicamente, donde predominan las explotaciones extensivas y poco modernizadas. El mayor retraso en la implantación de los modelos ganaderos de producción intensiva e industrial respecto otros países y regiones, hace que este sector esté insuficientemente desarrollado y la región dependa del exterior para su abastecimiento de determinados productos ganaderos.

No por tópica deja de ser menos real la imagen de una Andalucía en la que la ganadería apenas si juega un papel secundario en su economía. Aunque es cierto que las cifras globales ocultan matizaciones y diferencias entre zonas nada despreciables, los datos estadísticos son bastante concluyentes al respecto.

Cualquiera de los indicadores que se consideren -volumen de las distintas cabañas, densidades de unidades ganaderas, niveles de producción- apuntan siempre hacia el carácter semimarginal de la actividad ganadera dentro de la Comunidad Autónoma. Como media, Andalucía aporta menos del 10 por ciento de la producción ganadera nacional (piénsese que referida a productos agrícolas, esa cifra se eleva por encima del 30 por ciento). El nivel de autoabastecimiento regional es, en consecuencia, bajo: menos del 70 por ciento en productos esenciales como la carne o la leche.

Es indudable que a esta situación han contribuido muy notablemente los condicionamientos negativos presentes en el medio físico comunes a toda la zona mediterránea. Sin embargo, la marginalidad del subsector ganadero tiene, al mismo tiempo, explicaciones históricas.

Sin necesidad de recurrir a los rebaños del mítico rey tartésico Geryon y sus disputas con Hércules, a citas de la antigüedad clásica, o a las noticias aportadas por los viajeros musulmanes, es posible encontrar períodos de la historia de Andalucía en los que la ganadería ha tenido un peso específico sensiblemente superior al actual. La Baja Edad Media y, sobre todo, los siglos centrales del llamado Antiguo Régimen conocieron la consolidación de un agrosistema orientado en muchos aspectos a maximizar las producciones ganaderas y, en casi todos los casos, hacia la integración de las prácticas agrícolas, ganaderas y forestales dentro de una misma organización de los paisajes rurales.

Las profundas transformaciones sufridas por la sociedad andaluza en su transición del Antiguo al Nuevo Régimen desde la segunda mitad del siglo XVIII tuvieron sus hitos más significativos en las desamortizaciones eclesiásticas y civiles del siglo XIX. Ambas vinieron a romper el modelo rural anterior para imponer una organización espacial mucho más homogénea y sectorializada. La ganadería, presentada durante estos años como una de las principales responsables del atraso técnico y económico de la agricultura y, por extensión, de la economía nacional, sufrió directamente las consecuencias de la privatización de las tierras comunales, que hasta entonces habían sostenido buena parte de la producción pecuaria. Al mismo tiempo, la especialización regional, que empieza ya a exigir la formación de los incipientes mercados nacionales e

internacionales, y la creciente presión demográfica, orientan las decisiones de la gran propiedad, resultante de los procesos liberalizadores, hacia la producción agrícola en detrimento de los productos ganaderos, siempre menos competitivos.

El resultado fue una drástica reducción de la cabaña ganadera, que en algunas provincias se ha llegado a estimar para las décadas posteriores a los decretos desamortizadores en más del 50 por ciento de los efectivos iniciales y una redistribución geográfica de los usos, relegados a espacios agrícolamente menos aptos: Sierra Morena, Sistemas Béticos, marismas.

Estos condicionantes históricos, de los que se derivan todavía muchos de los rasgos de la ganadería tradicional, unidos a las repercusiones más recientes de las nuevas técnicas de ganadería no ligada a la tierra, conforman el panorama actual del sector pecuario andaluz. Aún dentro de una más que considerable diversidad de sistemas de producción y relaciones con los mercados, es posible distinguir dos grandes tipos de ganaderías. Una extensiva, que continua girando en torno a la explotación directa de los recursos pastables por las cabañas. Otra más intensiva, en la que se incluyen desde producciones basadas en la estabulación o la semiestabulación tradicional a las más modernas granjas, en las que se prescinde tanto del aprovechamiento de prados y pastizales como de las plantas forrajeras, para centrar la alimentación animal casi exclusivamente en piensos compuestos.

El primero de estos dos tipos, a pesar de la gravedad de sus crisis, sigue teniendo una participación nada despreciable dentro de la economía ganadera. Al menos un 35 por ciento de la producción final del subsector tiene su origen en alguna de las cabañas incluidas dentro de sistemas de pastoreo, más o menos tradicionales, como son las de gran parte del vacuno de carne, la totalidad del ovino y el caprino así como el porcino de montanera. En cualquier caso, la situación de casi todas ellas debe de seguir considerándose marginal, por lo menos, en un doble sentido: el territorial y el productivo.

Expulsada de las zonas con mayor vocación agrícola, la ganadería extensiva se ha visto relegada a los espacios de sierra, precisamente aquéllos que han ido quedando al margen de las tendencias más dinámicas de la economía regional. Espacios, por otra parte, no menos conflictivos por ello. La competencia de usos con otros aprovechamientos forestales ha sido también constante. Repoblaciones inadecuadas y agresivas con el pastoreo tradicional o, en el sentido contrario, por prácticas pastoriles incorrectas, son ejemplos frecuentes de una falta de integración de aprovechamientos que, una vez roto el equilibrio inicial, compiten por el mismo territorio.

La marginalidad territorial ha venido acompañada, a su vez, de una marginalidad estructural y empresarial. Concebida como una actividad basada en la explotación extensiva de los recursos del monte y sustentada históricamente en la utilización de una mano de obra con costes de remuneración muy bajos y unos niveles de inversión mínimos, el sector se ha mostrado incapaz de superar los problemas que dificultan su modernización.

Dentro ya de las formas de ganadería más intensiva, las producciones estabuladas sostenidas por cultivos forrajeros (por lo general con la obtención de leche y carne bovina como principal orientación) tienen una importancia sólo relativa. Las producciones alcanzadas, si bien son altas dentro del sector, se encuentran muy por debajo de los niveles de otras regiones. Ni la alta fertilidad media de los suelos agrícolas, ni la existencia de regadíos, ni las óptimas dimensiones de las grandes propiedades dominantes, por una parte, ni la existencia de una demanda elevada, por otra, han conseguido consolidar unas estructuras ganaderas estabuladas sólidas.

Han sido precisamente las aglomeraciones urbanas, junto con los nuevos regadíos, las únicas que han conseguido atraer la localización de pequeñas explotaciones (las que mejor responden a las exigencias de intensificación en el uso de los recursos ganaderos) dedicadas a cubrir las necesidades de las poblaciones cercanas.

Un caso aparte en todo el conjunto de los recursos pecuarios lo constituye la ganadería industrial. Sin vinculación directa a la tierra, basadas en la explotación de razas alóctonas en modernas instalaciones y dependientes exclusivamente de los suministros de alimentos concentrados y de las coyunturas de los mercados, estas nuevas formas de ganadería presentan una distribución territorial y unos sistemas de producción atípicos para lo que ha venido siendo habitual en el resto del sector. Como actividad industrial, el entramado de granjas que conforman estas actividades se ha liberado por completo de dependencias locacionales inmediatas. Su espectacular expansión y distribución, al igual que en otras regiones, ha obedecido casi exclusivamente a las demandas de la comercialización (proximidad a las concentraciones de consumidores), a la disponibilidad de tiempo de trabajo entre los pequeños empresarios agrícolas y a las exigencias de las grandes productoras de piensos, que son las que en última instancia controlan verticalmente todo el proceso.

Las graves debilidades y estrangulamientos que soporta la producción pecuaria andaluza no implican, sin embargo, que globalmente no se trate de una actividad con potencialidades e, incluso, con interesantes ventajas comparativas a medio plazo. De hecho ya en estos momentos la región, gracias a las dimensiones de su territorio y a su población, es la cuarta región española por el volumen total de su aportación al Producto Final Ganadero nacional. Las cabañas de rumiantes menores, autóctonas y perfectamente adaptadas al medio mediterráneo, pueden contar igualmente con ciertas posibilidades, no tan positivas como se esperó en un primer momento, dentro de una Comunidad Europea excedentaria en muchos productos ganaderos, pero deficitaria en los derivados del ovino y el caprino: carne, leche, cuero, etc.

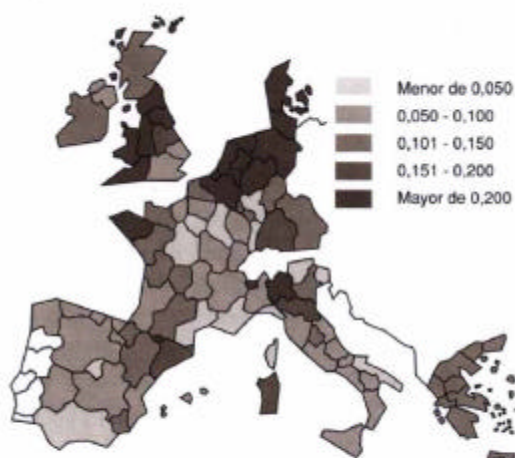
Secularmente, la ganadería ha mantenido serios conflictos con lo que hoy podrían considerarse medidas de protección del medio ambiente. La responsabilidad de los rebaños transhumantes en la deforestación de los montes o las condiciones de insalubridad que generaban la presencia de establos, cuadras y granjas en los núcleos de población, son algunos de los casos en los que la actividad pecuaria ha aparecido como una amenaza para la conservación medioambiental. Algunos de estos problemas han encontrado ya soluciones más o menos satisfactorias y otros perduran todavía. Pero, por otra parte, es cada vez más necesario valorar los aspectos

positivos de la producción ganadera. Al integrar los aprovechamientos agrícolas y forestales y, muy especialmente, al contribuir al mantenimiento y enriquecimiento de ecosistemas de gran interés como las dehesas o las formaciones herbáceas y arbustivas de montaña, la ganadería adquiere una clara dimensión ecológica. De hecho una disminución de las cargas animales conlleva la desaparición o la degradación de estas unidades ambientales, lo que implica unas pérdidas que van más allá de la mera valoración de las cuentas de resultados de un subsector económico.

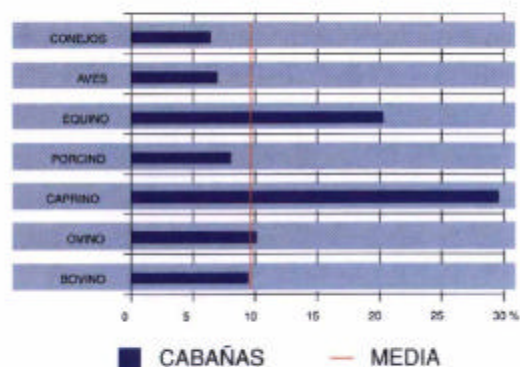
Por su parte, las comarcas de montaña, las más regresivas económicamente, tienen en sus distintas cabañas ganaderas uno de los pocos recursos con los que promover un crecimiento endógeno capaz de romper el ciclo de subdesarrollo en el que se encuentran. Las perspectivas de desarrollo en comarcas como Los Vélez almerienses o la Sierra de Aracena en Huelva, por poner dos ejemplos distanciados geográficamente, pasan obligatoriamente por una reactivación de sus economías ganaderas -porcina en la segunda, ovina en la primera- uno de los pocos instrumentos que pueden controlar autónomamente y con capacidad para arrastrar otros sectores.

Ambas circunstancias -el papel de equilibrio ambiental que desempeñan las formas tradicionales de la ganadería andaluza en la conservación de ecosistemas de alto interés y el carácter de recurso estratégico dentro de la economía regional y especialmente para el desarrollo de las comunidades de montaña- son argumentos que abogan de manera especial por la conservación y mejora del patrimonio ganadero y hacen ver claramente que cualquier política económica equilibrada (en términos ambientales y territoriales) tiene que tener en cuenta las aportaciones de la producción ganadera.

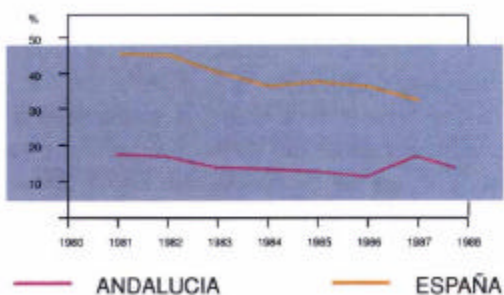
Densidad unidades ganaderas



Especialización ganadera andaluza. Participación en total unidades ganaderas España. 1982

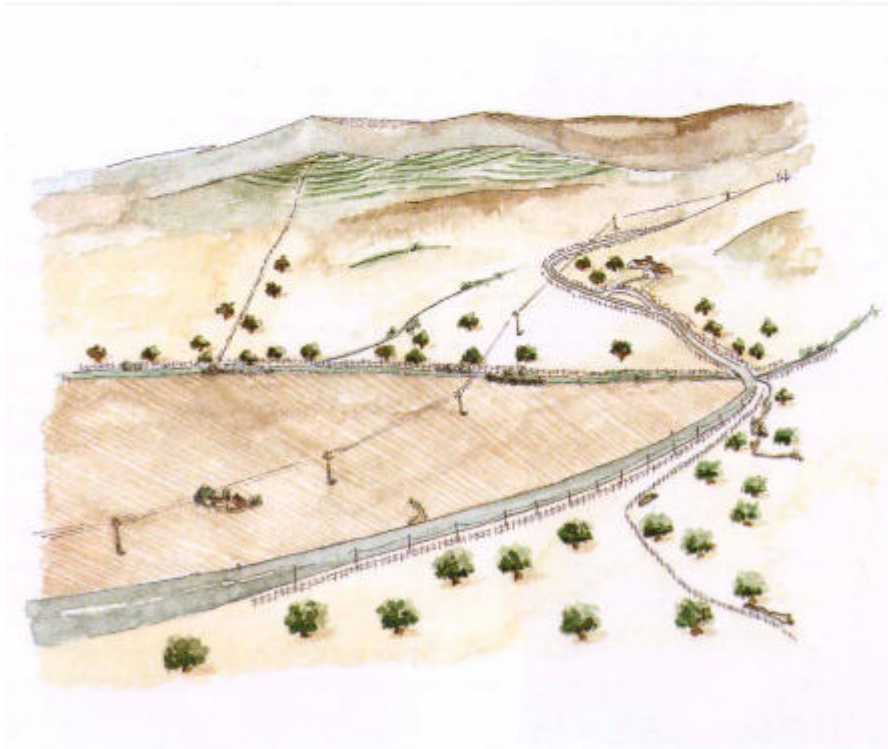
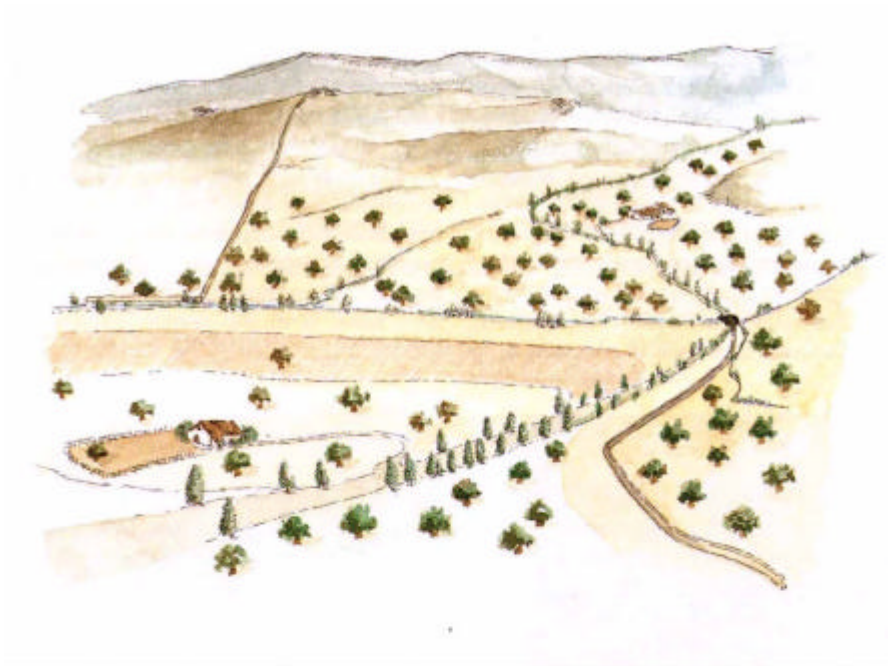


Participación de la ganadería en producción final agraria. 1981-1988



Si se mira en términos estrictamente económicos y cuantitativos, la ganadería andaluza es un sector de escasa importancia, aún más si se compara con la producción final agraria y las cabañas nacionales y comunitarias. Sin embargo, el diagnóstico más amplio no puede olvidar las oportunidades de desarrollo existentes y, sobre todo, el importante papel de la ganadería en el mantenimiento de los equilibrios ambientales de las zonas de montaña.

Si se mira en términos estrictamente económicos y cuantitativos, la ganadería andaluza es un sector de escasa importancia, aún más si se compara con la producción final agraria y las cabañas nacionales y comunitarias. Sin embargo, el diagnóstico más amplio no puede olvidar las oportunidades de desarrollo existentes y, sobre todo, el importante papel de la ganadería en el mantenimiento de los equilibrios ambientales de las zonas de montaña.

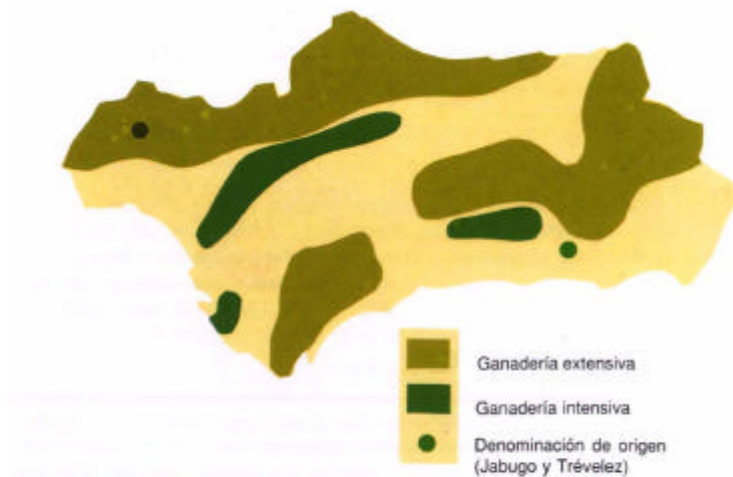


La transformación de los paisajes ganaderos

La ganadería extensiva se ha visto relegada cada vez más a las zonas de montaña. Las dehesas son el paisaje ganadero por excelencia, un espacio organizado por y para la ganadería, pero en el que no se excluyen una gran variedad de usos complementarios. La crisis de la ganadería extensiva ha supuesto una transformación profunda de esos paisajes. En el dibujo se quiere representar ese antes y ese después, concretado en el aumento del matorral a costa de los pastos, la intensificación de las áreas de cultivo, desligadas ya del alimento del ganado o las repoblaciones forestales de pinos o eucaliptos que desplazan radicalmente al monte de encinas. Junto a ello muchos elementos consustanciales a la dehesa desaparecen, como las cercas de piedras o el cortijillo de montaña.

LA TRANSFORMACIÓN DE LOS PAISAJES GANADEROS

La ganadería extensiva se ha visto relegada cada vez más a las zonas de montaña. Las dehesas son el paisaje ganadero por excelencia, un espacio organizado por y para la ganadería, pero en el que no se excluyen una gran variedad de usos complementarios. La crisis de la ganadería extensiva ha supuesto una transformación profunda de esos paisajes. En el dibujo se quiere representar ese antes y ese después, concretado en el aumento del matorral a costa de los pastos, la intensificación de las áreas de cultivo, desligadas ya del alimento del ganado o las repoblaciones forestales de pinos o eucaliptos que desplazan radicalmente al monte de encinas. Junto a ello muchos elementos consustanciales a la dehesa desaparecen, como las cercas de piedras o el cortijillo de montaña.



El esquema ilustra sobre las principales áreas ganaderas de la región. La ganadería extensiva se refugia exclusivamente en las zonas de montaña, desplazadas ya completamente de las áreas cultivadas campiñasas. El factor de localización de la ganadería intensiva o industrial, responde a las necesidades de abastecimiento de las grandes ciudades, con dos polos muy diferentes: la vega del Guadalquivir, entre Sevilla y Córdoba, y Granada.

"La antigua aversión, que proviene al arador y al pastor desde Caín y Abel, se ha continuado siempre en el mundo: la razón es que el propósito del uno y del otro son contrarios, porque aquél espera el fruto de la tierra; éste, del ganado; aquél, para coger el fruto que aguarda (como dice Columela), quiere romper la tierra, éste defiente el pasto de ella, y huelga que esté cubierta de grama y empradecido el suelo".

Texto de Miguel Caxa de Leruela (1631), alcalde de la Mesta, expresa con contundencia la oposición entre los intereses de labradores y ganaderos; una interpretación que se prolongará durante toda la época moderna, abarcando la interpretación del mundo agrario y sus problemas.

El esquema ilustra sobre las principales áreas ganaderas de la región. La ganadería extensiva se refugia exclusivamente en las zonas de montaña, desplazadas ya completamente de las áreas cultivadas campiñasas. El factor de localización de la ganadería intensiva o industrial, responde a las necesidades de abastecimiento de las grandes ciudades, con dos polos muy diferentes: la vega del Guadalquivir, entre Sevilla y Córdoba, y Granada.

"La antigua aversión, que proviene al arador y al pastor desde Caín y Abel, se ha continuado siempre en el mundo: la razón es que el propósito del uno y del otro son contrarios, porque aquél espera el fruto de la tierra; éste, del ganado; aquél, para coger el fruto que aguarda (como dice Columela), quiere romper la tierra, éste defiente el pasto de ella, y huelga que esté cubierta de grama y empradecido el suelo".

Texto de Miguel Caxa de Leruela (1631), alcalde de la Mesta, expresa con contundencia la oposición entre los intereses de labradores y ganaderos; una interpretación que se prolongará durante toda la época moderna, abarcando la interpretación del mundo agrario y sus problemas.

LA GANADERÍA LIGADA A LA TIERRA

Un modelo ganadero tradicional y poco modernizado, vinculado al uso de los pastizales y productos del monte, que está sumido en una larga crisis de rentabilidad -baja capitalización, escasez de alimentos propios, incidencia de las enfermedades, carestía de la mano de obra...- pero que, sin embargo, es el depositario del rico patrimonio genético de las razas autóctonas y puede ofrecer productos de calidad, de creciente demanda en el mercado.

La ganadería ha sido tradicionalmente, y aún hoy lo sigue siendo en parte, una actividad basada casi exclusivamente en el aprovechamiento directo de los pastos y pastizales naturales. La mayoría de las cabañas regionales -ca-si toda la bovina destinada a la producción de carne y la práctica totalidad de la ovina y caprina, así como las razas porcinas autóctonas- se mantienen todavía dentro de sistemas de producción extensivos. Las propias características de las superficies pastables andaluzas (precipitaciones escasas, sequías estivales...) no han favorecido su explotación mediante técnicas de siega. Tampoco las estructuras agrarias orientadas a la producción agrícola y la reducción de costos han abierto posibilidades a la proliferación de explotaciones ganaderas estabuladas o, simplemente, más intensivas en la utilización de los recursos. Los paisajes ganaderos son, fundamentalmente, el resultado de la interrelación entre los distintos espacios físicos -superficies cultivadas, pastizales, bosques...- y los sistemas de pastoreo que se han ido sucediendo sobre el territorio.

Históricamente la ganadería de pastoreo ha conocido diversas formas de organización y producción. De entre ellas, la más conocida es la que constituyeron los movimientos ganaderos controlados por la Mesta. Atravesando la Meseta, los grandes rebaños castellanos (favorecidos por una legislación proteccionista de la exportaciones de lana) llegaban en invierno hasta Sierra Morena y el valle del Guadalquivir, para volver en verano a los pastos de las sierras interiores. Sin embargo, en el caso andaluz, a diferencia de otras regiones, este tipo de sistema pecuario fue casi siempre secundario frente a lo que se podría considerar formas de ganadería propiamente regionales.

Las diferencias altitudinales, edafológicas y climáticas han sido aprovechadas tradicionalmente por los rebaños andaluces para realizar pequeños recorridos transterminantes, en busca de pastos estacionales (sierra-valle o sierra-costa), sin salir de la región, que en parte han perdurado hasta nuestros días en la actual red de vías pecuarias. La integración con los sistemas agrícolas y silvícolas tradicionales hizo posible también la formación de importantes ganaderías locales que, sobre la base de las extensas superficies comunales de monte disponibles y la complementariedad (abonado de cultivos, aprovechamiento de las rastrojeras...) con la agricultura, llegaron a controlar eficientemente la explotación de los pastos, haciendo frente a la competencia de los rebaños transhumantes (cerrados, constitución de dehesas de uso restringido...) provenientes del exterior.

Estos tipos de ganaderías extensivas sufrieron las consecuencias de los procesos liberalizadores y desamortizadores del siglo XIX, pero han conocido una crisis aún más profunda a partir de los años sesenta, de la que, de hecho, aún no han conseguido librarse. El fenómeno transhumante, por ejemplo, ha pasado a ser una práctica ocasional, al menos en lo que se refiere a los grandes desplazamientos estacionales. Del mismo modo, la utilización del ganado de labor como fuerza de trabajo ha quedado reducida a actividades muy concretas,

desapareciendo como tal en la inmensa mayoría de las labores agrícolas. Pero la crisis tiene implicaciones más trascendentales que permiten hablar de una ganadería subdesarrollada en el sentido literal del término; esto es, de una explotación de los recursos por debajo de las potencialidades reales que ofrece el territorio.

Los problemas de la ganadería extensiva son similares a los presentes en otras regiones. Una producción sostenida sobre la utilización de un volumen de mano de obra asalariada considerable (la de los pastores) y una muy baja capitalización que ha sido incapaz de responder adecuadamente al crecimiento de los salarios que provocó la rápida industrialización a partir de 1950. Hay que tener en cuenta, para comprender las dimensiones del problema, la imposibilidad casi total de sustituir el trabajo humano por máquinas en la mayor parte de las labores ganaderas extensivas.

En Andalucía este incremento de los costes tuvo y todavía tiene unas repercusiones más negativas que en el resto de las Comunidades Autónomas. La escasa presencia de explotaciones familiares (las más intensivas en el uso del factor trabajo) y la exclusión total de las orientaciones pecuarias en gran parte de las grandes propiedades de las campiñas y, en general, de las tierras de mayor fertilidad, no han hecho más que agudizar los problemas de marginalidad económica. La actividad ganadera, ante la imposibilidad de mantener unos niveles mínimos de intensificación, ha adoptado una estrategia de simple reducción de los costos por la vía de eliminar labores. Los resultados son una disminución de la calidad de las producciones, un empeoramiento de las condiciones higiénicas, que pueden llegar a tener repercusiones catastróficas (como en el caso de las pestes porcinas o equinas) y en definitiva, un estanca miento de las posibilidades del desarrollo ganadero extensivo.

En el grupo de los pequeños rumiantes -ovejas y cabras- es donde han sido más patentes las consecuencias del incremento de los costes salariales. No hay que olvidar que precisamente son éstos los ganados en los que Andalucía tiene una mayor especialización. La dureza de las condiciones laborales de los pastores y, sobre todo, de los cabreros por las dificultades del manejo de los rebaños, ha provocado no ya sólo una elevación de la remuneración del trabajo sino, en muchas zonas, la práctica desaparición de la profesión de pastor como tal, al no producirse los necesarios reemplazos generacionales.

Otros condicionantes más sectoriales en ambas cabañas -la ovina y la caprina- han incidido igualmente en la degradación de la situación. La caída de los precios de la lana, en algunos casos, ha forzado la reorientación de la producción ovina hacia la obtención de carne (merinas en Andalucía Occidental), lo que ha supuesto unos niveles de inversión (introducción de nuevas razas, cruces, mejoras genéticas, remodelación de infraestructuras, etc.) muy superiores a los que la mayor parte de estas explotaciones han estado en condiciones de asumir. Las relaciones con los mercados finales, casi siempre situados fuera de Andalucía (Madrid, Murcia, Levante y Cataluña) han sido y siguen siendo también negativas para el conjunto del sector. El grado de transformación de las producciones (generalmente con calidades deficientes y muy heterogéneas) es mínimo. En el caso de los productos cárnicos la mayor parte de los animales salen de la región sin sacrificar. Las pérdidas de valor añadido que ello conlleva son elevadas: distancias, sacrificios, clasificación... y ello sin contar con las negativas implicaciones de las operaciones especulativas a que dan lugar prácticas de este tipo. No menos

importantes son las consecuencias que tienen sobre la autonomía y la capacidad de decisión de la ganadería andaluza, que queda de esta forma en una posición de dependencia frente a unos mercados sobre los que se carece de mecanismos de control.

El bovino extensivo tiene aún mayores problemas en su comercialización. La productividad de la raza autóctona retinta, aún con los cruces habituales, es baja y cuenta con el inconveniente de no poder cerrar el ciclo productivo dentro de la propia explotación. Por una parte, los pastos naturales no son suficientes en verano para prolongar la alimentación de los animales a partir de ellos y, por otra, la separación entre las explotaciones agrícolas y las ganaderas no permite el acceso a una producción forrajera mínima. Todo ello obliga a la venta de los terneros antes de haber finalizado su período de crecimiento. Las condiciones de venta son de partida, claramente perjudiciales para el ganadero, que llega al mercado con unas producciones incompletas.

La tercera de las cabañas extensivas -la del cerdo ibérico que aprovecha en régimen de pastoreo o de montanera los espacios adehesados serranos- es la que en principio cuenta con mayores potencialidades en cuanto a su comercialización. Gracias a la consolidación de marcas de calidad en torno a las denominaciones de origen que suministran las excelentes aptitudes climáticas de Jabugo, en la Sierra de Aracena, y Trévez, en Las Alpujarras, para el curado del jamón, las chacinas y otros derivados cárnicos, la ganadería porcina dispone de unos buenos canales de salida para, al menos, parte de sus productos. Sin embargo la cabaña regional ha sufrido, durante un largo período de tiempo, las consecuencias de la declaración de la peste porcina africana y, de hecho, en algunas comarcas con cierta tradición en la montanera, caso de la Sierra de Ronda, casi ha desaparecido.

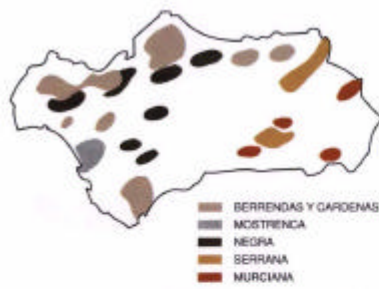
A pesar de esta acumulación de crisis y conflictos, la ganadería extensiva ofrece unas claras potencialidades y cuenta, como ya se ha dicho, con un más que notable interés estratégico y territorial para el conjunto de la región y para la preservación de los paisajes y las comunidades rurales.

Las cabañas existentes constituyen en este sentido un patrimonio zoológico de primer orden. Las distintas razas autóctonas, la retinta en el bovino, la segureña y merina en el ovino, la granadina y murciana, entre las cabras, o la ibérica negra o retinta en la porcina, por citar sólo las más relevantes en cada caso son, por si solas, valores que exigen una protección adecuada. No suele tratarse en casi ningún caso de animales de una alta productividad -ya se trate de ganaderías destinadas al sacrificio o a la producción de leche o lana- pero todas ofrecen en contrapartida unas condiciones de adaptabilidad al medio mediterráneo muy superiores a las que presentan las especies no autóctonas introducidas en las últimas décadas. Es por ello que estas especies ganaderas son el punto de partida imprescindible para conseguir, con una correcta política de cruces con razas más productivas, una ganadería capaz de extraer un aprovechamiento equilibrado de los recursos ganaderos regionales, a pesar del carácter excedentario de muchos productos ganaderos del mercado europeo.

Un punto de partida que presenta ciertamente numerosos problemas (debilidad de las estructuras productivas, deficiente estado de las cabañas, canales de comercialización no controlados por las áreas productoras, etc.) pero también numerosas potencialidades. La misma situación actual de infrautilización de los

recursos básicos ganaderos, de escasa mejora de las especies productoras, de carencias en la industria de transformación (desde mataderos industriales a la elaboración de productos derivados) o de dificultades en la comercialización, ofrecen las grandes líneas de desarrollo dentro del sector. Estas transformaciones, al mismo tiempo, deben y pueden conllevar una interesante capacidad de arrastre sobre la totalidad de las comunidades rurales de montaña.

Razas bovinas autóctonas



Distribución de retinta



Toro de lidia



Ganado bovino extensivo

Las principales explotaciones bovinas extensivas se concentran en el sector occidental, el más apto climática y empresarialmente para este tipo de ganadería. Se corresponde con las superficies adehesadas de Sierra Morena y Los Pedroches, y los pastos de las comarcas de la Serranía de Ronda y el Campo de Gibraltar. En menor medida es posible encontrarlo también en algunas áreas de Andalucía central: Sierras Subbéticas cordobesas y jiennenses y norte de Granada. La retinta es con diferencia la raza bovina más importante. Tiene sus mayores densidades en las provincias más occidentales. Se la considera el origen de numerosas razas americanas. Se caracteriza por la excelente aptitud cárnica de las producciones y, sobre todo, por una elevada rusticidad, que les permite una perfecta adaptación a duras condiciones climáticas.

Al margen de la retinta y los toros de lidia, sobreviven hasta seis razas bovinas autóctonas. Los dos tipos de berrendas andaluzas -negra y colorada- mantienen un censo aproximado de cuatro mil ejemplares, que han conseguido mantenerse (una vez desaparecida sus funciones como animales de tiro), gracias a su docilidad para el manejo y conducción del ganado de lidia. La cárdena andaluza sólo cuenta con algunos cientos de ejemplares. Aparece en el Catálogo Nacional de Razas Autóctonas dentro del grupo de protección especial. Se puede encontrar todavía en algunos puntos de Sierra Morena. Es una raza de origen andaluz de gran envergadura, con clara aptitud para el trabajo de tiro y la obtención de cabestros. La mostrenca o palurda es una raza muy heterogénea, presente en las marismas del Guadalquivir. Tiene su posible origen en el papel de las marismas como receptora de reses fugadas de las ganaderías sobre terrenos más estables del entorno (retinta, lidia, berrendas). Hoy apenas si se llegan a contabilizar unos doscientos ejemplares.

La murciana o levantina, raza de gran antigüedad e importancia hasta fechas relativamente reciente, hoy sólo cuenta con algunas reses desperdigadas por Almería, Murcia y Levante.

La negra andaluza, originaria de la Meseta, se encuentra en la campiña del Guadalquivir y ciertas comarcas de Sierra Morena. Históricamente estas vacas fueron muy apreciadas por su aptitud cárnica y para el laboreo de las tierras arcillosas del valle del Guadalquivir. En la actualidad sólo sobreviven unas 10.000 reses.

La serrana o pajuna es posible encontrarla aún en las Sierras de Andalucía oriental. El censo actual no supera algunos miles de ejemplares. Sus características responden a los rasgos de las vacas asilvestradas de las montañas mediterráneas.

GANADO BOVINO EXTENSIVO

Las principales explotaciones bovinas extensivas se concentran en el sector occidental, el más apto climática y empresarialmente para este tipo de ganadería. Se corresponde con las superficies adehesadas de Sierra Morena y Los Pedroches, y los pastos de las comarcas de la Serranía de Ronda y el Campo de Gibraltar. En menor medida es posible encontrarlo también en algunas áreas de Andalucía central: Sierras Subbéticas cordobesas y jiennenses y norte de Granada.

La retinta es con diferencia la raza bovina más importante. Tiene sus mayores densidades en las provincias más occidentales. Se la considera el origen de numerosas razas americanas. Se caracteriza por la excelente aptitud cárnica de las producciones y, sobre todo, por una elevada rusticidad, que les permite una perfecta adaptación a duras condiciones climáticas.

Al margen de la retinta y los toros de lidia, sobreviven hasta seis razas bovinas autóctonas. Los dos tipos de berrendas andaluzas -negra y colorada- mantienen un censo aproximado de cuatro mil ejemplares, que han conseguido mantenerse (una vez desaparecida sus funciones como animales de tiro), gracias a su docilidad para el manejo y conducción del ganado de lidia. La cárdena andaluza sólo cuenta con algunos cientos de ejemplares. Aparece en el Catálogo Nacional de Razas Autóctonas dentro del grupo de protección especial. Se puede encontrar todavía en algunos puntos de Sierra Morena. Es una raza de origen andaluz de gran envergadura, con clara aptitud para el trabajo de tiro y la obtención de cabestros. La mostrenca o palurda es una raza muy heterogénea, presente en las marismas del Guadalquivir. Tiene su posible origen en el papel de las

marismas como receptora de reses fugadas de las ganaderías sobre terrenos más estables del entorno (retinta, lidia, berrendas). Hoy apenas si se llegan a contabilizar unos doscientos ejemplares.

La murciana o levantina, raza de gran antigüedad e importancia hasta fechas relativamente reciente, hoy sólo cuenta con algunas reses desperdigadas por Almería, Murcia y Levante.

La negra andaluza, originaria de la Meseta, se encuentra en la campiña del Guadalquivir y ciertas comarcas de Sierra Morena. Históricamente estas vacas fueron muy apreciadas por su aptitud cárnica y para el laboreo de las tierras arcillosas del valle del Guadalquivir. En la actualidad sólo sobreviven unas 10.000 reses.

La serrana o pajuna es posible encontrarla aún en las Sierras de Andalucía oriental. El censo actual no supera algunos miles de ejemplares. Sus características responden a los rasgos de las vacas asilvestradas de las montañas mediterráneas.

Ganado caprino extensivo

El mapa de distribución de la cabaña caprina tiene una alta correspondencia con el de las comarcas deprimidas andaluzas. Los principales rebaños se localizan en las áreas más abruptas de la región: las sierras de Granada y Almería, así como las altiplanicies orientales de Baza y Guadix.

La cabra es una especie típica de las regiones mediterráneas, en las que ha sido posible datar su domesticación desde el 8.000 a.c. Dentro de la Comunidad Europea se trata de una especie prácticamente desconocida fuera de las regiones directamente ribereñas del Mediterráneo y Portugal.

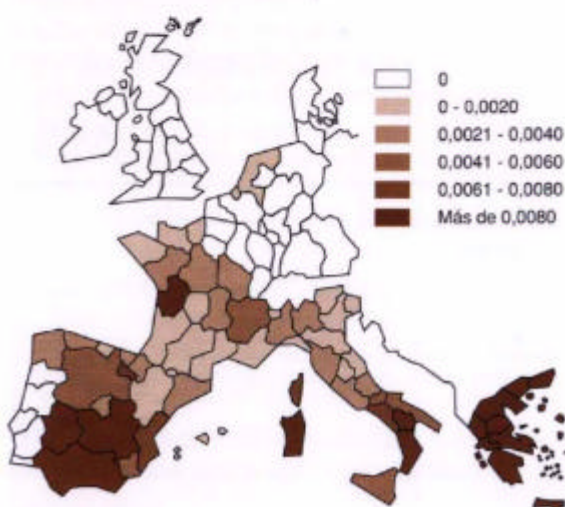
En Andalucía se explotan básicamente dos razas de cabra: la malagueña y la murciana o granadina, aunque subsiste una tercera, la llamada blanca andaluza, hoy en clara regresión.

La raza malagueña, de aptitud claramente lechera, tiene la casi totalidad de sus ejemplares (aproximadamente el 95 por ciento) dentro de Andalucía. Ocupa preferentemente las sierras litorales tanto mediterráneas como atlánticas y, de forma más difusa, las áreas interiores de Andalucía Occidental. Sus producciones se destinan a la elaboración de quesos frescos.

La murciana o granadina es la raza caprina de mayor aptitud lechera de la península. Se extiende por las sierras más orientales y tiene su continuación en los rebaños murcianos.

La blanca andaluza sobrevive en algunas Sierras Béticas y Penibéticas de Andalucía Oriental. Caracterizada por el color blanco uniforme de los ejemplares, ha sido explotada de forma extensiva y destinada a la producción de carne, pero se encuentra en un período de decadencia. Se estiman en 6.000 las cabezas existentes en la actualidad.

Caprino en la C.E.E.



Razas caprinas autóctonas



GANADO CAPRINO EXTENSIVO

El mapa de distribución de la cabaña caprina tiene una alta correspondencia con el de las comarcas deprimidas andaluzas. Los principales rebaños se localizan en las áreas más abruptas de la región: las sierras de Granada y Almería, así como las altiplanicies orientales de Baza y Guadix.

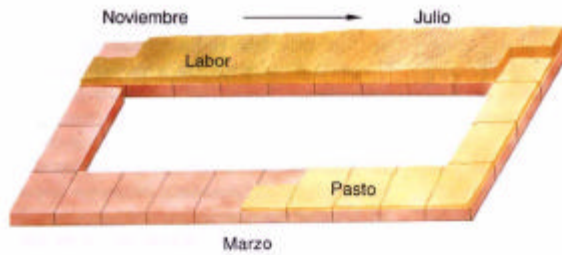
La cabra es una especie típica de las regiones mediterráneas, en las que ha sido posible datar su domesticación desde el 8.000 a.c. Dentro de la Comunidad Europea se trata de una especie prácticamente desconocida fuera de las regiones directamente ribereñas del Mediterráneo y Portugal.

En Andalucía se explotan básicamente dos razas de cabra: la malagueña y la murciana o granadina, aunque subsiste una tercera, la llamada blanca andaluza, hoy en clara regresión.

La raza malagueña, de aptitud claramente lechera, tiene la casi totalidad de sus ejemplares (aproximadamente el 95 por ciento) dentro de Andalucía. Ocupa preferentemente las sierras litorales tanto mediterráneas como atlánticas y, de forma más difusa, las áreas interiores de Andalucía Occidental. Sus producciones se destinan a la elaboración de quesos frescos.

La murciana o granadina es la raza caprina de mayor aptitud lechera de la península. Se extiende por las sierras más orientales y tiene su continuación en los rebaños murcianos.

La blanca andaluza sobrevive en algunas Sierras Béticas y Penibéticas de Andalucía Oriental. Caracterizada por el color blanco uniforme de los ejemplares, ha sido explotada de forma extensiva y destinada a la producción de carne, pero se encuentra en un período de decadencia. Se estiman en 6.000 las cabezas existentes en la actualidad.



Superficies pastables

Las superficies pastables andaluzas se caracterizan por la práctica inexistencia de prados naturales, el fuerte peso de las formaciones herbáceas de menor calidad y del monte abierto en sus distintas formas de adhesamiento.

Ganado porcino extensivo

La ganadería porcina ha sufrido intensamente las consecuencias de la difusión de razas no autóctonas y la peste porcina africana. Las principales comarcas productoras han sido la Sierra Norte de Sevilla, la Sierra de Aracena en Huelva, Los Vélez en Almería y la Serranía de Ronda, pero en algunas de ellas la presencia del cerdo ibérico es ya apenas testimonial. La totalidad de las razas porcinas autóctonas pertenecen al tronco ibérico que tiene su origen en la subespecie mediterránea del jabalí. Las distintas variedades de este tronco común se caracterizan por su rusticidad y eficacia en el aprovechamiento de los espacios abiertos de las dehesas, así como por la excelente calidad de su carne y chacinatas. La variedad más representativa es la manchada de Jabugo, muy corpulenta y precoz.

Distribución del ganado porcino



"La cabaña andaluza es más transruminante que trashumante ya que encontraba, en poca distancia, tanto los agostaderos como los invernales".
M. Drain. El solar andaluz.

Cañadas reales de la mesta en el antiguo régimen



1. De la Vizana o de la Plata
2. Leonesa Occ.
3. Leonesa Cr.
4. Segoviana
5. Soriana Cr.
6. Soriana Occ.
7. Riojana
8. Conquense
9. Del Reino de Valencia

Vías pecuarias

Se calculan en cerca de 31.000 kilómetros la longitud de la red de vías pecuarias existentes en la Comunidad Autónoma, lo que supone una superficie superior a las 112.000 hectáreas. Su conservación y recuperación como espacios de dominio público es un objetivo fundamental para el desarrollo de la ganadería extensiva.

Ganado ovino extensivo

La cabaña ovina se distribuye en la parte occidental de Sierra Morena, las sierras béticas orientales (sobre todo Sierra de Segura y comarca de Los Montes), las altiplanicies interiores desde Baza hasta Los Vélez y la Serranía de Ronda.

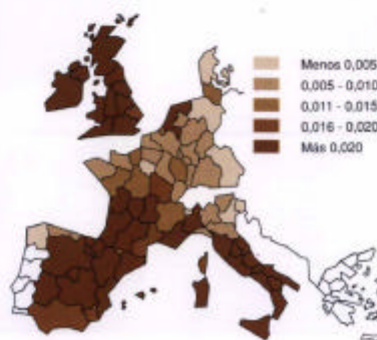
Dos razas son mayoritarias, la merina y la segureña. Otras razas minoritarias presentes en algunas comarcas son la churra y la montesina. La merina, de aptitud lanar, es una de las razas más antiguas presentes en la Península Ibérica. En Andalucía ocupa la zona occidental de Sierra Morena y la Serranía de Ronda. La calidad y cantidad de sus productos favorecieron su difusión a escala mundial en los siglos XVI y XVII. La aparición de las fibras textiles sintéticas ha supuesto una grave crisis para esta clase de oveja, cuya explotación ha tenido que reconvertirse hacia la producción de carne.

La segureña, que tiene su núcleo original en la cabecera del río Segura y un área de difusión que va desde Valencia a Granada, es considerada como una derivación del tronco ovino manchego. Su valoración como productora de corderos de alta calidad ha hecho posible un notable crecimiento de las cabañas e, incluso, una posición prestigiosa dentro de los mercados nacionales de carne (denominación de origen de La Sagra).

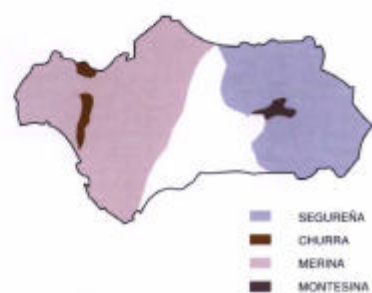
La churra, caracterizada por sus típicas pigmentaciones negras, tiene su núcleo originario y principal en el Valle del Duero, poseyendo entre sus cuatro variedades una originariamente andaluza: la lebrijana. Aunque las churras castellanas están destinadas a la producción de leche, la lebrijana se destina preferentemente a la obtención de carne.

La montesina concentra la mayor parte de sus ejemplares en las Sierras de Mágina y Cazorra. Su adaptación a las duras condiciones de estas sierras es perfecta por lo que no ha podido ser desplazada por otras razas, aunque son frecuentes los cruces con manchegas y segureñas más productivas.

Ovino en la C.E.E.



Razas ovinas autóctonas



SUPERFICIES PASTABLES

Las superficies pastables andaluzas se caracterizan por la práctica inexistencia de prados naturales, el fuerte peso de las formaciones herbáceas de menor calidad y del monte abierto en sus distintas formas de adhesamiento.

VÍAS PECUARIAS

Se calculan en cerca de 31.000 kilómetros la longitud de la red de vías pecuarias existentes en la Comunidad Autónoma, lo que supone una superficie superior a las 112.000 hectáreas. Su conservación y recuperación como espacios de dominio público es un objetivo fundamental para el desarrollo de la ganadería extensiva.

GANADO PORCINO EXTENSIVO

La ganadería porcina ha sufrido intensamente las consecuencias de la difusión de razas no autóctonas y la peste porcina africana. Las principales comarcas productoras han sido la Sierra Norte de Sevilla, la Sierra de Aracena en Huelva, Los Vélez en Almería y la Serranía de Ronda, pero en algunas de ellas la presencia del cerdo ibérico es ya apenas testimonial.

La totalidad de las razas porcinas autóctonas pertenecen al tronco ibérico que tiene su origen en la subespecie mediterránea del jabalí. Las distintas variedades de este tronco común se caracterizan por su rusticidad y eficacia en el aprovechamiento de los espacios abiertos de las dehesas, así como por la excelente calidad de su carne y chacinas. La variedad más representativa es la manchada de Jabugo, muy corpulenta y precoz.

GANADO OVINO EXTENSIVO

La cabaña ovina se distribuye en la parte occidental de Sierra Morena, las sierras béticas orientales (sobre todo Sierra de Segura y comarca de Los Montes), las altiplanicies interiores desde Baza hasta Los Vélez y la Serranía de Ronda.

Dos razas son mayoritarias, la merina y la segureña. Otras razas minoritarias presentes en algunas comarcas son la churra y la montesina. La merina, de aptitud lanar, es una de las razas más antiguas presentes en la Península Ibérica. En Andalucía ocupa la zona occidental de Sierra Morena y la Serranía de Ronda. La calidad y cantidad de sus productos favorecieron su difusión a escala mundial en los siglos XVI y XVII. La aparición de las fibras textiles sintéticas ha supuesto una grave crisis para esta clase de oveja, cuya explotación ha tenido que reconvertirse hacia la producción de carne.

La segureña, que tiene su núcleo original en la cabecera del río Segura y un área de difusión que va desde Valencia a Granada, es considerada como una derivación del tronco ovino manchego. Su valoración como productora de corderos de alta calidad ha hecho posible un notable crecimiento de las cabañas e, incluso, una posición prestigiosa dentro de los mercados nacionales de carne (denominación de origen de La Sagra).

La churra, caracterizada por sus típicas pigmentaciones negras, tiene su núcleo originario y principal en el Valle del Duero, poseyendo entre sus cuatro variedades una originariamente andaluza: la lebrijana. Aunque las churras castellanas estén destinadas a la producción de leche, la lebrijana se destina preferentemente a la obtención de carne.

La montesina concentra la mayor parte de sus ejemplares en las Sierras de Mágina y Cazorla. Su adaptación a las duras condiciones de estas sierras es perfecta por lo que no ha podido ser desplazada por otras razas, aunque son frecuentes los cruces con manchegas y segureñas más productivas.

"La cabaña andaluza es más transterminante que trashumante ya que encontraba, en poca distancia, tanto los agostaderos como los invernaderos".

M. Drain. El solar andaluz.

GANADERÍA INTENSIVA E INDUSTRIAL

Un modelo de ganadería estabulada, relacionado directamente con la producción y el abastecimiento masivo para el mercado, define a un sector que cuenta en la región con graves obstáculos para su desarrollo competitivo: dependencia exterior de piensos, bajo grado de modernización, escasa tradición... Todo ello se traduce en unas expectativas inciertas en el contexto del mercado comunitario, debido al carácter excedentario de este tipo de productos, pero que ofrece posibilidades a algunas especializaciones regionales.

Las exigencias de los mercados regional y nacional, la adopción de dietas alimenticias cada vez más diversificadas y ricas en proteínas animales y, en definitiva, la incorporación a los sistemas de producción, distribución y consumo provenientes de Europa y Norteamérica, han impulsado el desarrollo de nuevas formas de ganadería que, genéricamente, pueden calificarse de industriales. Dentro de la diversidad de estas actividades ganaderas hay dos hechos que permiten individualizarlas.

En primer lugar, sus sistemas productivos han superado la dependencia del aprovechamiento de las superficies pastables naturales y la explotación de las razas ganaderas autóctonas. Han roto, por consiguiente, la vinculación espacial que caracterizaba a la actividad pecuaria tradicional, para pasar a convertirse en actividades no ligadas a la tierra y libres en cuanto a su localización.

Los incrementos de la productividad y, en consecuencia, de la rentabilidad de las explotaciones que estos cambios han supuesto, han sido espectaculares en las dos últimas décadas y explican por sí solos la rapidez de su difusión: disminución de las unidades de trabajo utilizadas y mayor racionalización en la explotación de recursos; independencia con respecto a los ciclos vegetativos; acompañada lógicamente de una sensible reducción de las incertidumbres en la producción; mejoras genéticas y sanitarias, etc.

En segundo lugar, la organización de la explotación, la transformación, distribución y comercialización de los productos ganaderos han alcanzado un grado de integración técnica y empresarial que impiden considerar aisladamente estas producciones ganaderas, sino formando parte de un único complejo agroalimentario. La demanda condiciona fuertemente a la oferta y la autonomía del ganadero (especialmente entre las explotaciones individuales) queda limitada cuando no desaparece simplemente. Se trata de una dependencia con grandes componentes de inestabilidad. Las propias características perecederas de la mayoría de los productos, los cambios cuantitativos y cualitativos en el consumo por modificaciones en la dietas no siempre previsibles, así como la competitividad impuesta por otras ganaderías europeas -con unos niveles de productividad muy altos y grandes volúmenes de excedentes-, han venido a sustituir la incertidumbre ya casi inexistente en el campo de la producción, por la inestabilidad de la comercialización.

Las distintas orientaciones productivas englobables bajo el término de ganadería intensiva o industrial, responden en Andalucía a dos situaciones estructurales fácilmente diferenciables: la que representa el sector del vacuno de leche y los modernos sistemas de granjas, mayoritariamente porcinas y avícolas.

En los dos casos los niveles de modernización alcanzados en los procesos de transformación y comercialización son similares. En lo estrictamente productivo, en cambio, los ritmos de evolución han sido sensiblemente diferentes.

En el vacuno de leche la introducción de las nuevas tecnologías se ha realizado sobre unas estructuras productivas y empresariales tradicionales muy consolidadas y poco eficientes, a través de su integración en dos grandes empresas regionales que controlan los procesos de transformación y comercialización. En la transición a los procesos típicos de la ganadería intensiva se ha partido de unas explotaciones excesivamente atomizadas (predominan las pequeñas propiedades familiares), lo que ha ralentizado las transformaciones internas de las mismas, por lo que sólo se ha modernizado el ciclo de elaboración y comercialización del producto.

En el resto de las producciones, por el contrario, ha sido habitual que la introducción de las nuevas tecnologías y formas de gestión se haya realizado al margen de las estructuras de la ganadería tradicional y afecte a todo el complejo agroalimentario. Ha sido posible, por tanto, una importación mimética de modelos productivos, por lo que la rapidez en la asimilación de las nuevas formas ha sido considerablemente mayor.

Las dos estructuras resultantes deberían contar en principio con ciertas posibilidades de expansión. La región es ampliamente deficitaria en estos productos básicos y el mercado potencial cuantitativamente elevado. Sin embargo, la integración en los mercados europeos está creando, al igual que en el resto de España, una profunda crisis que invalida, en gran parte, estos factores positivos.

Las producciones ganaderas están sufriendo ya los efectos de unos mercados internacionales que, una vez cubierta la fase expansiva de las últimas décadas, se encuentran en una situación gravemente excedentaria para productos ganaderos industriales (en 1987 los excedentes ganaderos comunitarios llegaron a suponer dos veces el producto final español); fuertemente competitiva, y muy exigente en cuanto a la calidad de los productos ofertados y con unos consumos estabilizados o en regresión (cambios en las dietas en el sentido de la reducción de las proteínas animales, control del colesterol, etc.).

Lejos todavía de los niveles de productividad y de la agresividad comercial de las explotaciones avícolas holandesas, de las porcinas danesas o de las bovinas inglesas la ganadería industrial está poniendo de manifiesto, ante esta nueva situación, las debilidades de sus estructuras. Algunas tienen que ver con las fases directamente productivas, caso de las derivadas de la asunción en bloque de los sistemas de producción venidos desde fuera (generalmente norteamericanos) sin adecuarlos a las características regionales, y asumiendo una total dependencia externa en el suministro de la alimentación de los animales. Otras, sin embargo, quizás las más graves a corto plazo, tienen su origen en las carencias de organización empresarial y de gestión. La excesiva dependencia de las empresas suministradoras de materias primas o de las comercializadoras y la incapacidad de controlar los mercados, definen a estas actividades ganaderas como sectores todavía débiles para la competencia con el resto de ganaderías europeas.



La avicultura. Modelos de integración

En la avicultura especialmente, pero en general en toda la ganadería industrial, la ausencia de vinculaciones con la actividad pecuaria tradicional y la complejidad técnica y financiera de los procesos de producción y comercialización, han favorecido la participación directa de agentes externos a la explotación en su organización y gestión. Inicialmente predominaron las formas de financiación externa: entidades, normalmente con intereses en el sector (fábricas de piensos, mataderos...), que financian las nuevas explotaciones y cubren la asistencia técnica y el suministro de las materias primas, pero que no participan de los riesgos del mercado.

La incapacidad de los productores individuales para afrontar los períodos de crisis y los problemas de insolvencia que se crearon durante los años ochenta han hecho modificar el modelo hacia sistemas de integración vertical. En ellos, las entidades externas siguen aportando capital, materias primas y asistencia técnica, pero ahora además controlan la comercialización asumiendo parte de los riesgos, cuando no la totalidad de los mismos, caso éste en el que se produce la conversión del productor en asalariado.

LA AVICULTURA. MODELOS DE INTEGRACIÓN

En la avicultura especialmente, pero en general en toda la ganadería industrial, la ausencia de vinculaciones con la actividad pecuaria tradicional y la complejidad técnica y financiera de los procesos de producción y comercialización, han favorecido la participación directa de agentes externos a la explotación en su organización y gestión. Inicialmente predominaron las formas de financiación externa: entidades, normalmente

con intereses en el sector (fábricas de piensos, mataderos...), que financian la nuevas explotaciones y cubren la asistencia técnica y el suministro de las materias primas, pero que no participan de los riesgos del mercado.

La incapacidad de los productores individuales para afrontar los períodos de crisis y los problemas de insolvencia que se crearon durante los años ochenta han hecho modificar el modelo hacia sistemas de integración vertical. En ellos, las entidades externas siguen aportando capital, materias primas y asistencia técnica, pero ahora además controlan la comercialización asumiendo parte de los riesgos, cuando no la totalidad de los mismos, caso éste en el que se produce la conversión del productor en asalariado.

LAS ESPECIES SILVESTRES Y LA CAZA

La riqueza cinegética de Andalucía ha sido proverbial. Algunos de los espacios naturales de mayor valor actual fueron en su origen cazaderos reales o nobiliarios. La masificación moderna de la caza genera nuevos problemas y perspectivas en una actividad cada vez con más importancia económica.

A lo largo de su historia el territorio andaluz ha sido soporte de una intensa actividad cinegética, presidida por un verdadero elenco de cazaderos famosos bien conocidos tanto dentro como fuera de la región. El Libro de la Montería de Alfonso XI, compuesto entre 1340 y 1350, es testimonio inigualable de ello. En sus páginas aparecen descritos con minuciosidad los cazaderos de la Andalucía cristiana, y especialmente los idóneos para la caza mayor de oso y jabalí, modalidades de una especial impronta durante la etapa medieval. Por otra parte, esta valiosa obra nos permite apreciar los cambios acaecidos en la localización de las zonas de caza, muy significativas en comarcas venatorias tradicionales como las sierras subbéticas cordobesas y jiennenses, que han perdido progresivamente su riqueza cinegética a la par que las roturaciones han conquistado montes y llanuras.

No obstante, otros cazaderos sobresalientes han conocido el paso del tiempo sin perder por ello su aptitud venatoria. Son múltiples los localizados en Sierra Morena, especialmente la cordobesa y la jiennense, pero sin lugar a dudas Doñana ha sido el emblema de todos aquéllos hasta la reciente prohibición definitiva de la caza en su interior (1984), como consecuencia de su conversión en Parque Nacional (1969). Prácticamente desde la reconquista de estos territorios meridionales en el siglo XIII, las marismas del Guadalquivir conocieron un aprovechamiento cinegético espectacular cuyo último momento de esplendor debe situarse en las tres últimas décadas del pasado siglo y las dos que abrieron el presente, abarcando un periodo deliciosamente narrado por los naturalistas y cazadores ingleses Abel Chapman y Walter J. Buck en dos de sus obras más celebradas: *La España Agreste* (1893) y *La España Inexplorada* (1910).

En la actualidad el recurso cinegético mantiene su importancia en todo el territorio andaluz, si bien en la modalidad de caza mayor su presencia se restringe a las zonas de montaña y especialmente de montaña media, donde ciervo (*Cervus elaphus*) y jabalí (*Sus scrofa*), encuentran su hábitat idóneo, caracterizado por una topografía quebrada cubierta por bosque mediterráneo en diversas etapas de degradación. No obstante, la diversidad geográfica del solar andaluz ha favorecido que, junto a las citadas especies, aparezcan otras ambicionadas piezas cinegéticas como la cabra montés (*Capra pyrenaica*), el muflón (*Ovis musimon*), el gamo (Dama dama), el corzo (*Capreolus capreolus*), etc., acompañados por un elevado número de piezas de caza menor, entre las que destacan la perdiz (*Alectoris rufa*), el conejo (*Oryctolagus cuniculus*), la liebre (*Lepus capensis*), la codorniz (*Coturnix coturnix*), el zorzal (*Tudus philomelos*), la paloma torcaz (*Columba palumbus*), etc.

Esta diversidad de especies cinegéticas junto a la tradición cazadora apuntada, han dado lugar a una proliferación del cazador en todas las poblaciones.

Cazar fue durante mucho tiempo una actividad vinculada a la aportación de alimento o rentas complementarias, convirtiéndose en un elemento consustancial de las economías locales tradicionales. La apropiación privada de los terrenos cinegéticos, la crisis de las economías de subsistencia, la transformación de la caza en una actividad deportiva, son procesos clave para llegar a definir el actual papel económico y social de la caza. De tal forma que, en su gran mayoría, cada localidad cuenta con una o varias sociedades de cazadores destinadas a gestionar un recurso cada vez más escaso ante la presión impuesta por un número creciente de aficionados a la caza. Así, entre 1950 y 1985 el número de licencias expedidas en España ha pasado de 187.389 a 1.402.381, de las cuales Andalucía aporta más del 20 por ciento, sin contabilizar aquí los frecuentes desplazamientos interregionales e internacionales de cazadores foráneos que practican la caza en la región.

Sin embargo, esta panorámica global esconde una diversidad de situaciones en lo referente a la importancia cinegética de cada zona. Efectivamente las sierras de Córdoba y Jaén sobresalen en el marco de la caza mayor (de superiores repercusiones económicas que la otra modalidad) ocupando los dos primeros lugares de España por captura de ciervo y puestos preferentes en la caza del jabalí. La caza menor, sin embargo, ofrece una mayor diversidad de situaciones que se extienden prácticamente por toda la región.

Existe otro indicador que ayuda a interpretar el significado reciente de la caza. Nos referimos a la superficie acotada, que para 1981 ascendía a 6.441.000 hectáreas, equivalentes al 74 por ciento del territorio, quedando la superficie restante como terrenos de aprovechamiento cinegético común, o al menos, la parte de éstos que disfruta de unas mínimas aptitudes cinegéticas.

Las cifras sobre la actividad indican que este recurso ha adquirido una importancia económica relevante, en detrimento de su tradicional significación recreativo-deportiva. Las causas de esta mutación son muchas y de diversa índole, aunque entre las más destacadas se encuentran la crisis de los aprovechamientos agropecuarios tradicionales en las zonas de montaña, el predominio de la gran propiedad en muchas zonas serranas de caza, el despoblamiento de extensos espacios serranos y, por último, el crecimiento de la demanda de actividades de ocio.

La crisis agropecuaria debe entenderse en el contexto de unos espacios de sierra que asisten a la quiebra del sistema tradicional de la aparcería, confluente a su vez con la pérdida de rentabilidad de las empresas ganaderas, el avance del matorral y de las repoblaciones forestales, la escasez de pastores, la aparición de la peste porcina, etc.

La necesidad de contar con grandes extensiones para la creación de cotos de caza mayor, se adapta muy bien a la estructura de la propiedad de Sierra Morena, que se ha convertido, en parte por ello y por sus condiciones biogeográficas, en uno de los más cualificados enclaves de caza mayor, coincidiendo con una muy escasa ocupación humana.

Como complemento de lo anterior, en las últimas décadas se ha producido un auge de la demanda respecto de todo tipo de actividades de ocio, entre las cuales la caza desempeña un papel relevante.

Ello ha supuesto un notable incremento de la presión cinegética y, como consecuencia, el recurso caza se muestra cada día más escaso y su limitada oferta se ve superada frecuentemente por una demanda que crece día tras día. Su revalorización explica, en suma, que en los últimos años el aprovechamiento cinegético se haya erigido en complemento económico de primer orden en los terrenos forestales y baldíos, siendo cada vez más dificultoso el acceso a esta actividad por parte del cazador medio, cuyos mecanismos de defensa (Cotos Sociales y Terrenos de Caza Controlada) no han surtido los efectos deseados. En términos estrictamente económicos se calcula que la renta cinegética de la Comunidad Autónoma representa el 25 por ciento de la renta cinegética nacional.

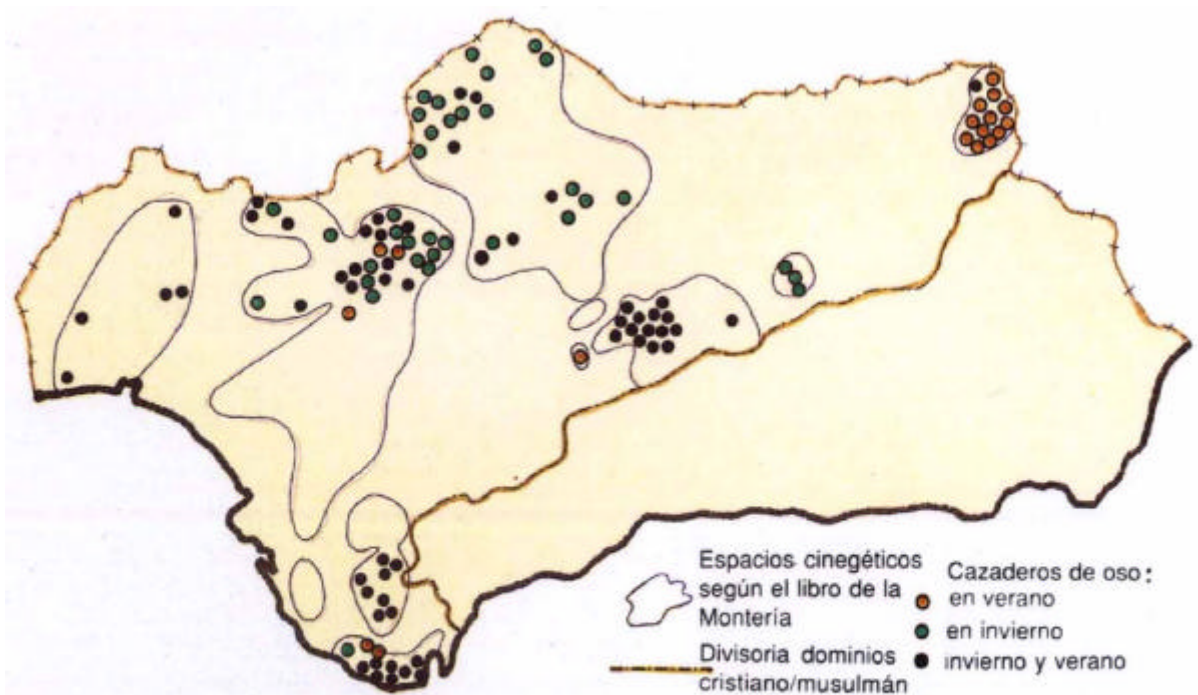
La caza y su interpretación como recurso ha sido siempre, y lo es ahora aun más, objeto de polémica: consideraciones éticas, sociales, ecológicas y económicas se entrecruzan constantemente al hablar de su pertinencia como actividad humana. Asuntos especialmente conflictivos son el acceso igualitario a la caza desde el punto de vista social, o los límites siempre indeterminados entre lo que es actividad natural del hombre o deporte cruento cada vez más sujeto, no ya a leyes naturales, sino a las estrictas leyes del mercado y a las tendencias en el uso del tiempo de ocio.

Pero, más allá de estas consideraciones necesariamente difusas, es en el campo de la valoración económica y ambiental donde aparecen las contradicciones más evidentes. Sector económico rentable para los propietarios y sociedades explotadoras, ello no puede ocultar, sin embargo, que la expansión de la caza, más como deporte que como cosecha del monte, es, en muchos territorios de montaña, un reflejo de la crisis del resto de los aprovechamientos tradicionales ligados a los recursos naturales (ganadería sobre todo).

En muchos montes la caza es una auténtica monoproducción, en cuyo beneficio se organiza el manejo de la vegetación, del ganado y de los demás recursos potenciales. Los impactos originados por la caza son desde luego importantes (cercadas, infraestructuras de apoyo cada vez más sofisticadas, abatimiento de especies protegidas, etc.), por más que muchos de esos impactos no puedan ser tomados como consustanciales a la actividad cinegética, sino más bien debidos a una deficiente gestión.

De hecho es una evidencia que muchos de los espacios naturales mejor conservados son a su vez territorios que han soportado un aprovechamiento cinegético secular. (Sierra de Andújar, Sierra de Hornachuelos, Sierras de Cazorla y Segura, Sierra de Cardeña, Mágina, Doñana...). Es cierto que con la caza han desaparecido un buen número de especies de nuestro medio, pero también lo es que muchas especies en peligro de extinción se han beneficiado en estas zonas, de manera indirecta, de la situación de despoblamiento y relativa vigilancia en los grandes cotos, manteniendo una presencia permanente de gran número de especies. Entre éstas, por su carácter emblemático, destacan las grandes rapaces como el buitre negro o el águila imperial y depredadores como el lince o el lobo.

Caza y conservación de la naturaleza no son, pues, conceptos excluyentes ni lo han sido a lo largo de la historia regional. Ahora bien, la creciente masificación y el extraordinario aumento de la demanda en la sociedad moderna, introducen una nueva dimensión hasta ahora desconocida: necesidad de gestionar y organizar una actividad económica cada vez más mercantilizada, una actividad dónde los requerimientos del mercado deben sin embargo supeditarse estrictamente a leyes y ritmos naturales.



Una larga tradición cinegética

Como refleja el Libro de la Montería de Alfonso XI, hacia mediados del siglo XIV la presencia del oso en Andalucía era relativamente abundante.

UNA LARGA TRADICIÓN CINEGÉTICA

Como refleja el Libro de la Montería de Alfonso XI, hacia mediados del siglo XIV la presencia del oso en Andalucía era relativamente abundante.